

tiempo había estado fijo su pensamiento, y á cada una de las cuales iba unido el recuerdo de una pesquisa ó de un experimento. Mandó con triste continente á Lemulquinier que hiciera evaporar los gases ó los ácidos peligrosos y que separase las substancias que hubieran podido producir explosiones.

Mientras adoptaba estas precauciones, profería frases de amargo sentimiento, como las expresa un condenado á muerte antes de ir al cadalso.

—Y sin embargo, dijo deteniéndose delante de una cápsula en la que estaban metidos los dos hilos de una pila de Volta, he aquí un experimento del que debía esperarse buen resultado. Si salía bien, ¡horrible pensamiento! mis hijos no echarían de su casa á un padre que arrojaría diamantes á sus pies. Es una combinación de carbono y azufre, añadió hablando consigo mismo, en la que el carbono viene á ser el cuerpo electropositivo; la cristalización debe empezar por el polo negativo, y en caso de descomposición el carbono pasaría á él cristalizado...

—¡Ah! ¿Y eso resultaría así? preguntó Lemulquinier mirando á su amo con admiración.

—Ahora bien, repuso Baltasar después de una pausa, la combinación está sometida á la influencia de esa pila que puede actuar...

—Si el señor quiere, voy á aumentar su efecto...

—No, no, hay que dejarla tal como está. El reposo y el tiempo son condiciones esenciales para la cristalización...

—¡Bah! Es menester que esa cristalización se tome tiempo, dijo el criado.

—Si la temperatura baja, el sulfuro de carbono se cristalizará, prosiguió Baltasar expresando por fragmentos las ideas indistintas de una meditación completa en su mente; pero si la acción de la pila opera en ciertas condiciones que ignoro... habrá que vigilar eso... es posible... Pero ¿en qué estoy pensando? Ya no se trata de química, amigo mío; debemos ir á dirigir la cobranza de contribuciones en Breñaña.

Claes salió precipitadamente y bajó á almorzar por última vez con su familia, almuerzo al que asistieron Pierquin y Solís. Baltasar, á quien le urgía ya acabar con su agonía científica, se despidió de sus hijos y subió al carruaje con su tío; toda la familia le acompañó hasta el umbral de

la puerta. Allí ya, cuando Margarita dió á su padre un abrazo desesperado, al cual contestó él diciéndole al oído: «Eres una buena hija, no te guardaré rencor», la joven cruzó el patio, se metió en el locutorio, se arrodilló en el sitio en que había muerto su madre, y elevó á Dios una ardiente plegaria pidiéndole fuerza para desempeñar los rudos trabajos de su nueva vida. Estaba ya fortalecida por una voz interior que había llevado á su corazón los aplausos de los ángeles y las acciones de gracias de su madre, cuando su hermana, su hermano, Manuel y Pierquin entraron en la casa, después de haber perdido de vista el carruaje.

—Ahora, Margarita, ¿qué vas á hacer? le preguntó Pierquin.

—Salvar la casa, respondió la joven con sencillez. Poseemos cerca de mil trescientas fanegas de tierra en Waignies. Tengo la intención de roturarlas, dividir las en tres granjas, construir los edificios necesarios para su explotación y arrendarlos, y creo que dentro de algunos años, á fuerza de economía y de paciencia, cada uno de nosotros, dijo señalando á sus hermanos, tendrá una granja de más de cuatrocientas fanegas, que algún día podrá dar unos quince mil francos de renta. Mi hermano Gabriel se quedará por la parte que le corresponde esta casa y todo cuanto posee en el Gran Libro. Luego devolveremos algún día á nuestro padre sus bienes limpios de todo gravamen, consagrando nuestras rentas al pago de sus deudas.

—Pero, querida prima, dijo el notario al ver aquel conocimiento de los negocios y la fría razón de Margarita, necesitas más de doscientos mil francos para roturar tus terrenos, construir tus granjas y comprar ganados. ¿De dónde sacarás ese dinero?

—Ahí empiezan mis apuros, contestó la joven mirando alternativamente al notario y á Solís; no me atrevo á pedirselo á mi tío, porque ha prestado ya la fianza de mi padre.

—Pero tienes amigos, replicó Pierquin al ver de pronto que las señoritas Claes *serían aún partidos de más de quinientos mil francos.*

Manuel miró á Margarita con ternura; mas, desgraciadamente para él, Pierquin siguió siendo notario en medio de su entusiasmo, y repuso:—Yo te ofrezco esos doscientos mil francos.

Manuel y Margarita se consultaron con una mirada que

fué un rayo de luz para Pierquin; y Felicia se puso como la grana, porque le satisfacía ver que su primo se mostraba tan generoso como ella lo deseaba: miró á su hermana, la cual adivinó de pronto que durante su ausencia se había dejado conquistar por algunas galanterías triviales de Pierquin.

—Me abonarás un interés de cinco por ciento, añadió éste. Me devolverás el dinero cuando quieras, y me darás una hipoteca sobre tus terrenos; pero no tengas cuidado, sólo tendrás que hacer los gastos indispensables para todos tus contratos, y yo te buscaré buenos arrendadores y gestionaré gratuitamente tus negocios, á fin de ayudarte como buen pariente.

Manuel hizo una seña á Margarita para inducir la á rechazar la proposición; pero ella no la notó, porque estaba demasiado ocupada en estudiar los cambios que matizaban la fisonomía de su hermana. Después de una pausa miró al notario con expresión irónica, y contestó por propia sugestión y con gran contento de Solís:—Sí, eres un pariente demasiado bueno y no esperaba menos de ti; pero el interés de un cinco por ciento retrasaría demasiado nuestra solvencia, por lo cual esperaré á que mi hermano llegue á su mayor edad y entonces venderemos sus rentas.

Pierquin se mordió los labios; Manuel se sonrió.

—Felicia, hija mía, llévate á Juan al colegio, Marta te acompañará, dijo Margarita á su hermana. Juan, ten mucho juicio y no te estropees la ropa, pues no somos bastante ricos para comprarte otra tan á menudo como ahora. Ea, anda, chiquitín, y estudia mucho.

Felicia salió con su hermano.

—Primo, dijo la joven, y usted, señor de Solís, sin duda han venido ustedes á ver á mi padre durante mi ausencia; yo les agradezco mucho estas pruebas de amistad. Probablemente harán ustedes lo mismo con dos pobres jóvenes que necesitarán consejos; mas acerca de este punto conviene que nos entendamos. Cuando yo esté en la ciudad, les recibiré siempre con mucho gusto; pero cuando Felicia se quede aquí sola con Josefa y Marta, excuso decirles que no debe ver á nadie, aunque sea un antiguo amigo ó el más desinteresado de nuestros parientes. En las circunstancias en que nos encontramos, nuestra conducta debe ser de una severidad irreprochable, y tenemos que dedicarnos por largo tiempo al trabajo y á la soledad.

Hubo un rato de silencio. Manuel, abismado en la contemplación de la cabeza de Margarita, parecía mudo; Pierquin no sabía qué decir. El notario se despidió de su prima, furioso consigo mismo; había adivinado de pronto que Margarita amaba á Manuel, y que acababa de portarse como un majadero.

—¡Ah, Pierquin, amigo mío! se dijo apostrofándose al salir á la calle, cualquiera que te dijese que eres un animal tendría razón. ¡Qué necio soy! Tengo doce mil libras de renta, aparte de lo que me produce mi notaría, sin contar la herencia de mi tío Des Racquets, de quien soy único heredero, y que un día ú otro duplicará mi capital (pero no le deseo la muerte, porque es muy económico), ¡y á pesar de eso cometo la infamia de pedir intereses á la joven Claes! Estoy seguro de que ahora se están burlando los dos de mí. No debo pensar ya en Margarita, no. Después de todo, Felicia es una criatura dulce y buena que me conviene más. Margarita tiene un carácter de hierro; quisiera dominarme y me dominaría. Ea, mostrémonos generoso, no hay que ser tan notario. ¿No puedo remediarlo? ¡Bah! Voy á hacer el amor á Felicia, y no me desviaré de este sentimiento. ¡Cáspita! Tendrá una granja de cuatrocientas treinta fanegas, que ha de llegar tiempo que produzca entre quince y veinte mil libras de renta, porque las tierras de Waignies son buenas. Si mi tío Des Racquets muere, ¡pobre hombre! entonces vendo mi estudio y soy hombre de cin-cuen-ta-mil-bras-de-renta. Mi mujer será una Claes, y héteme emparentado con familias distinguidas. ¡Diantre! Ya veremos si los Courteville, los Magalhens, los Savaron de Savarus se negarán á visitar la casa de un Pierquin-Claes-Molina-Nourho. Seré alcalde de Douai, tendré la cruz, puedo ser diputado y aspirar á todo. ¡Ah, Pierquin, hijo mío! ¡Atente á eso, no hagamos tonterías, tanto más cuanto que, á fe mía, Felicia... es decir, la señorita Felicia van Claes te ama!

Cuando los dos amantes se quedaron solos, Manuel alargó una mano á Margarita, la cual no pudo menos de poner en ella su mano derecha. Se levantaron con movimiento simultáneo, dirigiéndose á su banco del jardín pero, en medio del locutorio, el amante no pudo reprimir su alegría, y con voz trémula de emoción, dijo á Margarita:

—Tengo trescientos mil francos á la disposición de usted.

—¿Pues qué? contestó la joven. ¿Mi pobre madre confió á usted...? No. ¿Pues entonces...?

—¡Ah, Margarita! ¿Lo que es mío no es de usted? ¿No es usted la primera que ha dicho *nosotros*?

—¡Querido Manuel! replicó Margarita apretando la mano que tenía aún en la suya, y, en lugar de salir al jardín, se sentó en el sillón.

—¿No soy yo el que debe darle las gracias, puesto que usted los acepta? dijo el joven con amoroso acento.

—Este momento, repuso Margarita, disipa muchos dolores y anuncia un venturoso porvenir, amado mío. Sí, acepto tu fortuna, añadió dejando vagar por sus labios una sonrisa angelical, y como el modo de hacerla mía.

Miró el retrato de van Claes como para tener un testigo. Solís, que seguía las miradas de Margarita, no la vió quitarse del dedo una sortija de doncella, ni notó este movimiento hasta el momento en que dijo estas palabras:—En medio de nuestras profundas miserias, surge una ventura. Mi padre me deja, por indolencia, en completa libertad de mi persona. Toma, Manuel, añadió dándole la sortija. Mi madre te quería, y te habría escogido para mí.

A Manuel se le llenaron los ojos de lágrimas; se puso pálido, cayó de rodillas, y dijo á Margarita entregándole á su vez la sortija que llevaba siempre:—Este es el anillo de boda de mi madre. Margarita mía, repuso besando la sortija, ¿no tendré otra prueba de amor más que esa?

La joven se inclinó para presentar su frente á los labios de Manuel.

—¡Ay, amado mío! ¿No obramos mal al hacer esto? le preguntó Margarita conmovida. Porque habremos de esperar mucho tiempo.

—Mi tío decía que la adoración era el pan cotidiano de la paciencia, refiriéndose al cristiano que ama á Dios. Yo puedo amarte así; te he confundido hace mucho tiempo con el Señor de todo lo creado, y soy tan tuyo como suyo.

Pasaron largo rato dominados por la más dulce exaltación, la cual fué como la sincera y tranquila efusión de un sentimiento que, parecido á un manantial demasiado lleno, se desbordaba en pequeñas é incesantes oleadas. Los sucesos que separaban á ambos amantes eran un motivo de melancolía que contribuía á aumentar su dicha, comunicándole algo agudo como el dolor. Felicia volvió demasiado pronto

para ellos. Manuel, inducido por el tacto delicioso que lo hace adivinar todo en amor, dejó solas á las dos hermanas, no sin cambiar antes con Margarita una mirada en la que ella pudo ver lo mucho que le costaba aquella discreción, pues revelaba cuán ávido se sentía de aquella felicidad tan largo tiempo deseada y que acababa de ser consagrada por los esponsales del corazón.

—Ven acá, hermanita, dijo Margarita á Felicia pasándole un brazo por el cuello. Se la llevó al jardín, y ambas fueron á sentarse en el banco al cual cada generación había confiado sus palabras de amor, sus suspiros de dolor, sus meditaciones y sus proyectos. A pesar del tono jovial y de la amabilidad de la sonrisa de su hermana, Felicia sentía una emoción algo parecida al miedo. Margarita le tomó una mano y vió que temblaba.

—Señorita Felicia, dijo la mayor acercándose al oído de su hermana, leo en ese corazoncito. Pierquin ha venido á menudo durante mi ausencia, ha venido todas las noches, le ha dicho á usted palabras dulces, y usted las ha escuchado.—Felicia se ruborizó.—No lo niegues, hija mía, ¡es tan natural amar! Quizás tu bendita alma haga que cambie algo el carácter del primo; es egoísta, interesado, pero hombre honrado, y probablemente sus defectos servirán para tu felicidad. Te amará como la más bonita de sus fincas, formará parte de sus negocios. Perdóname estas palabras, hija mía. Tú le corregirás de su mala costumbre de no ver en todo más que intereses, enseñándole los negocios del corazón. Además, añadió Margarita, tiene alguna fortuna. Su familia es de la más elevada y más antigua burguesía. Así, pues, no he de ser yo la que me oponga á tu felicidad, si tú te resignas á encontrarla en una condición mediocre.

Felicia dejó escapar estas palabras:—¡Querida hermana!

—Sí, puedes tener confianza en mí. ¿Hay algo más natural que confiarnos nuestros secretos?

Esta frase, llena de alma, dió origen á una de esas conversaciones en que las jóvenes se lo dicen todo. Cuando Margarita, á quien el amor había hecho experta, hubo reconocido el estado del corazón de Felicia, terminó diciendo:

—Pues bien, cerciorémonos de que el primo te ama de veras, y entonces...

—Déjame hacer, respondió Felicia riendo; no me faltan modelos.

—¡Ah, locuela! exclamó Margarita besándola en la frente. Aunque Pierquin perteneciera á esa clase de hombres que no ven en el matrimonio más que obligaciones, la ejecución de las leyes sociales y un medio de transmisión de las propiedades; aunque le diera lo mismo casarse con Felicia ó con Margarita, si una ú otra tenían el mismo apellido y el mismo dote, advirtió, sin embargo, que ambas eran, según una de sus expresiones, *jóvenes románticas y sentimentales*, dos adjetivos de que se valen las personas sin corazón para burlarse de los dones que la naturaleza siembra con mano parsimoniosa en los surcos de la humanidad; el notario pensó sin duda que era preciso aullar con los lobos, y al otro día fué á ver á Margarita, la llevó misteriosamente al jardinillo, y se puso á hablarle de sus sentimientos, puesto que era una de las cláusulas del contrato primitivo, que debía preceder, en las leyes del mundo, al contrato ante notario.

—Querida prima, le dijo, no hemos sido siempre del mismo parecer acerca de los medios que deberían adoptarse para la acertada terminación de tus asuntos; pero debes reconocer que siempre me ha guiado un verdadero deseo de ser te útil. Pues bien, ayer deslucí mis ofrecimientos á causa de esa fatal costumbre que nos da el *espíritu notarial*, ¿comprendes?... Mi corazón no era cómplice de mi necesidad. Te he amado mucho; pero nosotros tenemos cierta perspicacia, y he echado de ver que yo no te gustaba. Yo me tengo la culpa: otro habría sido más listo que yo. Pues bien, vengo á anunciarte *bonachonamente* que siento verdadero amor por tu hermana Felicia. Trátame como á un hermano: apela á mi bolsa, toma de ella lo que quieras; cuanto más saques, más amistad me demostrarás. Me tienes enteramente á tu disposición, *sin interés*, ¿lo entiendes? Ni á doce ni á cuartillo por ciento. Me bastará que se me considere digno de Felicia. Perdóname mis defectos, que sólo proceden de la práctica de los negocios; pero mi corazón es bueno, y antes me arrojaría al Scarpe que dejar de hacer feliz á mi mujer.

—Está muy bien, primo, dijo Margarita; pero mi hermana depende de sí misma y de mi padre...

—Ya lo sé, pero tú eres la madre de toda la familia, y no tengo más deseo *de todo corazón* que hacerte juez del *mío*.

Este modo de hablar pinta bastante bien el carácter del buen notario. Andando el tiempo, Pierquin se hizo célebre por su contestación al jefe del campamento de Saint-Omer,

que le invitó á asistir á una fiesta militar, y la cual contestación estaba concebida en estos términos: *El señor Pierquin Claes de Molina Nourho, alcalde de la ciudad de Douai, caballero de la Legión de honor, tendrá el de asistir, etc.*

Margarita aceptó el auxilio del notario, pero únicamente en todo lo relativo á su profesión, á fin de no comprometer en nada su dignidad de mujer ni el porvenir de su hermana, ni las determinaciones de su padre. Aquel mismo día confió su hermana á la custodia de Josefa y de Marta, que se consagraron en cuerpo y alma á su joven ama, secundando sus planes de economía. Margarita marchó en seguida á Waignies, donde dió principio á sus operaciones acertadamente dirigidas por Pierquin. Habíase cifrado el desinterés en el ánimo del notario como una excelente especulación; sus cuidados, sus trabajos, vinieron á ser en cierto modo como un anticipo de fondos que no quiso escatimar. Primeramente trató de ahorrar á Margarita el trabajo de hacer roturar y labrar las tierras destinadas á las granjas. Fijóse en tres jóvenes, hijos de colonos ricos, los sedujo con la perspectiva que les ofrecía la riqueza de aquellos terrenos, y logró que tomaran en arrendamiento las tres granjas que se iban á construir. Mediante la cesión del precio de la granja por espacio de tres años, los colonos se comprometieron á pagar diez mil francos de alquiler al cuarto año, doce mil al sexto y quince mil durante el resto del arrendamiento; á abrir zanjas, hacer los plantíos y comprar los ganados. Mientras se construían las granjas, los colonos roturarían sus tierras.

A los cuatro años de la partida de Baltasar, Margarita había rehecho, ó poco menos, la fortuna de su hermano y de su hermana. Bastaron doscientos mil francos para pagar todas las construcciones. No le faltaron socorros ni consejos á aquella animosa joven, cuya conducta era la admiración de la ciudad. Margarita vigiló las obras, la ejecución de sus tratos y de sus arrendamientos con ese buen sentido, esa actividad, esa constancia que saben desplegar las mujeres cuando las anima un gran sentimiento. Ya desde el quinto año pudo dedicar treinta mil francos de alquiler que produjeron las granjas, las rentas de su hermano y el producto de los bienes paternos al pago de los capitales hipotecados y al remedio de los desperfectos que la pasión de Baltasar había ocasionado en la casa. La amortización debía, pues,

proseguir rápidamente á medida que disminuyeran los intereses. Manuel de Solís ofreció por su parte á Margarita los cien mil francos que le quedaban de la herencia de su tío y de los que no había hecho uso, y además unos veinte mil francos de sus ahorros, de suerte que la joven, desde el tercer año de su gestión, pudo saldar deudas por una crecida cantidad. Aquella vida de valor, de privaciones y de abnegación no se desmintió por espacio de cinco años, y bajo la administración y la influencia de Margarita, todo tuvo buen resultado.

Gabriel, terminada ya su carrera de ingeniero de puentes y caminos, y auxiliado por su tío, hizo una rápida fortuna en la empresa de un canal que construyó; además, supo cautivar el corazón de su prima la señorita Conyncks, á la que adoraba su padre, y era una de las herederas más ricas de los dos Flandes. En 1824, los bienes de los Claes estaban ya desempeñados, y la casa de la calle de París había reparado sus pérdidas. Pierquin pidió formalmente la mano de Felicia á Baltasar, así como Solís solicitó la de Margarita.

A principios de enero de 1825, Margarita y Conyncks marcharon en busca del padre desterrado cuyo regreso deseaban todos vivamente, y que presentó su dimisión á fin de quedarse con su familia cuya felicidad iba á recibir su sanción. Durante la ausencia de Margarita, que á menudo había expresado su sentimiento por no poder llenar los vacíos de los cuadros de la galería y de las salas de recepción para el día en que su padre estuviera de vuelta en la casa, Pierquin y Solís se confabularon con Felicia á fin de preparar á Margarita una sorpresa que hiciera participar en cierto modo á la hermana menor en la restauración de la casa Claes. Ambos compraron muchos y hermosos cuadros que ofrecieron á Felicia para adornar su galería. Conyncks había tenido la misma idea, y, queriendo demostrar á Margarita la satisfacción que le causaba su noble comportamiento y su abnegación en el cumplimiento de la misión que le legara su madre, había dispuesto que se trajeran á la casa unos cincuenta de sus mejores lienzos y algunos de los que Baltasar había vendido en otro tiempo, de suerte que la galería Claes quedó enteramente ocupada de nuevo. Margarita había ido ya varias veces á ver á su padre, acompañada de su hermana ó de Juan, y cada vez le había encontrado más cambiado; pero desde su última visita, la vejez se había

manifestado en Baltasar con alarmantes síntomas, á cuya gravedad contribuía sin duda la economía en que vivía á fin de poder invertir la mayor parte de su sueldo en hacer experimentos que siempre dejaban frustrada su esperanza. Aunque no tenía más que sesenta y cinco años, parecía un octogenario; sus ojos se habían hundido profundamente en sus órbitas; habían encanecido sus cejas, y apenas le quedaban algunos cabellos en la nuca; se dejaba crecer la barba ó se la cortaba con las tijeras cuando le estorbaba; estaba encorvado como un labrador, y en fin, el desaseo de su traje había vuelto á cobrar un aspecto de miseria que la decrepitud hacía asqueroso. Aunque un pensamiento enérgico animara aquella larga cara cuyas facciones no se veían ya á causa de las arrugas, la fijeza de la mirada, el aire desesperado, la zozobra constante habían grabado en ella los diagnósticos de la demencia, ó mejor dicho, de todas las demencias juntas. Tan pronto traslucía á ella una esperanza que daba á Baltasar la expresión del monómano, como la impaciencia de no adivinar un secreto que se le presentaba como un fuego fatuo marcaba los síntomas del furor; de pronto una estruendosa carcajada revelaba la locura, y por último, las más de las veces el abatimiento más completo resumía todos los matices de la pasión con la fría melancolía del idiota. Por fugaces é imperceptibles que fueran estas expresiones para los extraños, eran, por desgracia, sobrado ostensibles para los que habían conocido á un Claes sublime de bondad, grande por su corazón, de rostro hermoso y del cual no quedaban más que raros vestigios. Lemulquinier, envejecido, cansado como su amo por efecto de trabajos constantes, no había tenido que soportar como él las fatigas del pensamiento; así era que su fisonomía presentaba una mezcla singular de inquietud y de admiración por su amo, que fácilmente inducía á error, aunque escuchara todas sus palabras con respeto, observara todos sus movimientos con una especie de cariño, y cuidara al sabio como una madre puede cuidar á su hijo; á menudo podía tener el aire de protegerle, porque le protegía efectivamente en las necesidades vulgares de la vida en las cuales Baltasar no pensaba nunca. Aquellos dos viejos, aferrados á una idea, confiados en la realidad de sus esperanzas, agitados por el mismo soplo, el uno que representaba la envoltura y el otro el alma de su existencia común, constituían un espectáculo horrible á la

vez que enternecedor. Cuando Margarita y Conyncks llegaron, encontraron á Claes instalado en una posada, porque su sucesor no se había hecho esperar y había tomado posesión de la plaza.

En medio de las preocupaciones de la Ciencia, agitaba á Baltasar un vivo deseo de volver á ver su patria; la carta de su hija le había anunciado felices acontecimientos; pensaba coronar su carrera con una serie de experimentos que debían conducirle al descubrimiento de su problema, y por todo ello aguardaba á Margarita con la mayor impaciencia. La joven se echó en los brazos de su padre llorando de alegría: aquella vez iba á buscar la recompensa de una vida dolorosa y el perdón de su gloria doméstica. Se sentía criminal á la manera de los grandes hombres que violan las libertades para salvar la patria. Pero al contemplar á su padre, se estremeció observando la mudanza ocurrida en él desde su última visita. Conyncks participó del secreto espanto de su sobrina, é insistió por llevar cuanto antes á su primo á Douai donde la influencia de la patria podría devolverle á la razón, á la salud, al devolverle á la vida tranquila y feliz del hogar doméstico. Después de las primeras efusiones de corazón que fueron más vivas por parte de Baltasar de lo que Margarita hubiera creído, tuvo con ella raras atenciones; le expresó el sentimiento de recibirla en un mal cuarto de posada, le preguntó sus gustos, lo que quería para comer, con la solicitud de un amante; y en fin, se mostró casi como un delincuente que desea atraerse al juez. Margarita conocía tan bien á su padre que adivinó el motivo de aquel cariño, suponiendo que había contraído algunas deudas que quería pagar antes de marchar. Observóle algún tiempo, y vió el corazón humano en su desnudez. Baltasar se había empequeñecido. El sentimiento de su rebajamiento, el aislamiento en que le había puesto la Ciencia, le había vuelto tímido y pueril en todas las cuestiones ajenas á sus ocupaciones favoritas; su hija mayor le imponía; el recuerdo de su abnegación pasada, de la fuerza que había desplegado, la conciencia del poder que le había dejado adquirir, la fortuna de que disponía y los sentimientos indefinibles que le enseñoreaban, desde el día en que abdicó su paternidad ya comprometida, la habían hecho crecer á sus ojos de día en día. Conyncks parecía no ser nada para Baltasar, no veía sino á su hija, ni pensaba más que en ella,

pareciendo temerla como ciertos maridos débiles temen á la mujer que los ha subyugado; cuando levantaba los ojos para mirarla, Margarita sorprendía con dolor en ellos una expresión de temor parecida á la del niño que se reconoce culpable de alguna falta. La noble joven no sabía cómo conciliar la majestuosa y terrible expresión de aquel cráneo devastado por la Ciencia y por los trabajos, con la sonrisa infantil, con el cándido servilismo que se pintaba en los labios y en la fisonomía de Baltasar. La mortificó el contraste que presentaba aquella grandeza y aquella pequeñez, y se propuso valerse de todo su influjo para hacer recobrar á su padre toda su dignidad el día solemne en que se presentara de nuevo en el seno de la familia. Ante todo, aprovechó un momento en que se quedaron solos para decirle al oído: —¿Debe usted algo aquí?

Baltasar se sonrojó y contestó con cierto embarazo: —No lo sé, pero Lemulquinier te lo dirá. Ese buen muchacho está más enterado que yo mismo de mis asuntos.

Margarita llamó al criado, y cuando acudió, estudió casi involuntariamente la fisonomía de los dos viejos.

—¿Desea algo el señor? preguntó Lemulquinier.

Margarita, que era todo orgullo y nobleza, sintió que se le oprimía el corazón al notar en el tono y en la actitud del criado que se había establecido cierta familiaridad perniciososa entre su padre y el compañero de sus trabajos.

—¿No puede hacer mi padre sin ti la cuenta de lo que debe aquí? preguntó Margarita.

—El señor debe...

Baltasar hizo á su ayuda de cámara una seña de inteligencia que Margarita sorprendió y que la humilló.

—Dime todo lo que debe mi padre, ordenó la joven.

—Pues el señor debe un millar de escudos á un boticario que vende drogas al por mayor, y que nos ha suministrado potasas cáusticas, plomo, zinc y reactivos.

—¿Es eso todo?

Baltasar hizo un ademán afirmativo á Lemulquinier, que, fascinado por su amo, contestó: —Sí, señorita.

—Pues bien, se los daré á usted, repuso la joven.

Baltasar abrazó alegremente á su hija, diciéndole:

—¡Eres un ángel para mí!

Y respiró á sus anchas, mirándola con ojos menos tristes; mas á pesar de esta alegría, Margarita discernió fá-

cilmente en su semblante las señales de una inquietud profunda y presumió que aquellos mil escudos constituían solamente las deudas más públicas del laboratorio.

—Sea usted franco, padre mío, dijo Margarita dejando que su padre se sentara en sus rodillas, ¿debe usted algo más? Confiéselo usted todo y regrese á casa sin conservar un asomo de recelo en medio de la alegría general.

—Querida hija, contestó Claes besándole la mano con una gracia que parecía ser un recuerdo de su juventud, me reñirás...

—No.

—¿De veras? dijo el padre con un movimiento de alegría infantil. Puedo, pues, decírtelo todo, y pagarás...

—Sí, contestó Margarita conteniendo las lágrimas que le acudían á los ojos.

—Pues bien, debo... no me atrevo á decirlo...

—Dígalo usted.

—Es mucho.

La joven juntó las manos con un movimiento de desesperación.

—Debo treinta mil francos á Protez y Chiffreville.

—Treinta mil francos son todas mis economías, pero tengo el gusto de ofrecérselos á usted, dijo Margarita besando respetuosamente la frente á su padre.

Este se levantó, cogió á su hija en brazos y dió una vuelta por todo el cuarto haciéndola saltar como una chiquilla; luego la sentó en un sillón, exclamando:—Hija mía, eres un tesoro de amor. Yo ya no podía vivir. Los Chiffreville me han escrito tres cartas amenazadoras, y querían ponerme por justicia, á mí, que les he deparado una fortuna,

—Pero ¿sigue usted buscando? preguntó Margarita con acento de desesperación.

—Siempre, contestó con sonrisa de loco. Y encontraré... ¡pues no faltaba más! Si supieras adónde hemos llegado...

—¿Nosotros?

—Me refiero á Lemulquinier, que ha acabado por comprenderme. El pobre me quiere mucho. ¡Es tan leal!

Conyncks entrando interrumpió la conversación; Margarita hizo á su padre seña de que se callara temiendo que se rebajara á los ojos de su tío. Estaba asustada de los estragos que la preocupación había causado en aquella gran inteligencia absorbida en la investigación de un problema

quizás insoluble. Baltasar, que probablemente no veía nada más allá de sus hornillos, ni siquiera adivinaba el desempeño de sus bienes. Al otro día partiéronse para Flandes. El viaje fué bastante largo para que Margarita pudiera adquirir confusas averiguaciones acerca de la situación en que se encontraban su padre y Lemulquinier. ¿Ejercía el criado sobre el amo ese ascendiente que saben adquirir sobre las personas de mayor talento las gentes sin educación que se consideran necesarias y que, de concesión en concesión, saben encaminarse hacia el dominio con esa persistencia que da una idea fija? ¿O bien el amo había acabado por sentir por su criado esa especie de afecto que nace de la costumbre y se parece al que un obrero tiene á su herramienta creadora ó el árabe á su corcel libertador? Margarita espío algunas circunstancias para decidirse, proponiéndose sustraer á Baltasar á un yugo humillante, si era efectivo. Al pasar por París, se detuvo algunos días para pagar las deudas de su padre y rogar á los fabricantes de productos químicos que no enviaran nada á Douai sin avisarle de antemano los pedidos que les hiciera Claes. Consiguió de su padre que se pusiera un traje nuevo y recobrará los hábitos de aseo que convenían á un hombre de su rango. Esta restauración corporal devolvió á Baltasar una especie de dignidad que fué de buen agüero para un cambio de ideas, y poco después su hija, satisfecha de antemano de todas las sorpresas que aguardaban á su padre en su casa, prosiguió la marcha á Douai.

A tres leguas de esta ciudad, Baltasar encontró á su hija Felicia á caballo, acompañada de sus dos hermanos, de Pierquin, de Manuel y de los amigos íntimos de las tres familias. El viaje había distraído necesariamente al químico de sus pensamientos habituales, y el aspecto de Flandes influyó en su corazón; así fué que cuando divisó la alegre comitiva que formaban su familia y sus amigos, sintió tan vivas emociones que se le llenaron los ojos de lágrimas, le tembló la voz, se le enrojecieron los párpados, y abrazó con tal frenesí á sus hijos sin poder soltarlos, que los espectadores de aquella escena se conmovieron hasta el punto de llorar. Cuando dió vista á su casa, se puso pálido, saltó del coche de viaje con la agilidad de un joven, respiró el aire del patio con delicia, y se puso á considerar los menores detalles con un placer que rebosaba en sus ademanes; se irguió y su

fisonomía pareció más joven. Cuando entró en el locutorio, el llanto humedeció de nuevo sus ojos al ver, por la exactitud con que su hija había reproducido sus antiguos candelabros de plata vendidos, que los desastres estaban enteramente remediados. Habíase servido un opiparo almuerzo en el comedor, cuyos aparadores estaban llenos de curiosidades y de una vajilla de plata que valía por lo menos tanto como las piezas que en ellos había en otro tiempo. Aunque aquella comida de familia duró bastante rato, apenas bastó para los relatos que Baltasar exigía de cada uno de sus hijos. La sacudida impresa á su parte moral por aquel regreso le hizo unirse al contento de su familia y se mostró cual verdadero padre. Sus modales recobraron su antigua nobleza. Al principio se entregó por completo al gozo de la posesión sin cuidarse de los medios en virtud de los cuales recobraría cuanto había perdido. Su alegría fué, pues, completa. Terminado el almuerzo, los cuatro hijos, el padre y el notario Pierquin pasaron al locutorio donde Baltasar vió, no sin cierta inquietud, los papeles sellados que un pasante había dejado en una mesa ante la cual estaba de pie como para ayudar á su principal. Los hijos se sentaron, y Baltasar, admirado, se quedó de pie junto á la chimenea.

—Esto, dijo Pierquin, es la cuenta de la tutela que da el señor Claes á sus hijos. Aunque no sea cosa divertida, añadió riendo como los notarios que, por lo general, adoptan un tono chancero para hablar de los asuntos más serios, es absolutamente preciso que la oigan ustedes.

Aunque las circunstancias justificaran esta frase, Claes, á quien su conciencia le recordaba el pasado de su vida, la aceptó como una reconvención y frunció el ceño. El pasante comenzó la lectura. El asombro de Baltasar crecía conforme iba desarrollándose aquel acto. Habíase consignado desde luego que la fortuna de su mujer ascendía, en el momento de su fallecimiento, á cosa de un millón seiscientos mil francos, y la conclusión de esta rendición de cuentas deparaba claramente á cada hijo una parte entera, como hubiera podido administrarla un padre de familia bueno y cuidadoso. Resultaba de aquí que la casa estaba libre de toda hipoteca, que Baltasar vivía en una morada de su propiedad, y que sus fincas rústicas estaban asimismo desempeñadas. Cuando quedaron firmadas las actas, Pierquin presentó los recibos de las cantidades tomadas en otro tiempo á préstamo y los

desembargos de las inscripciones que pesaban sobre las propiedades. En aquel momento, Baltasar, que recobraba á la vez el honor del hombre, la vida del padre, la consideración del ciudadano, cayó en un sillón; buscó con la vista á Margarita, que, por una de esas sublimes delicadezas de mujer, había salido durante aquella lectura con objeto de ver si se habían cumplido todas las disposiciones adoptadas para la fiesta. Cada uno de los individuos de la familia comprendió la idea del anciano en el momento en que sus ojos humedecidos preguntaban por su hija á la que todos veían en aquel instante con los ojos del alma, como un ángel de fuerza y de luz. El pasante fué á buscar á Margarita. Al oír los pasos de su hija, Baltasar corrió á estrecharla entre sus brazos.

—Padre mío, le dijo ella al pie de la escalera donde el viejo la cogió para abrazarla, suplico á usted que no menoscabe en nada su santa autoridad. Deme las gracias, en nombre de toda la familia por haber cumplido bien sus intenciones, y sea usted de este modo el único autor de todo lo bueno que ha podido hacerse aquí.

Baltasar levantó los ojos al cielo, miró á su hija, se cruzó de brazos, y dijo después de una pausa durante la cual su rostro adquirió una expresión que sus hijos no le habían visto hacía diez años:—¡Lástima que no estés aquí, Pepita, para admirar á tu hija! Abrazó estrechamente á Margarita sin proferir una palabra y volvió al locutorio.—Hijos míos, dijo con ese noble continente que en otro tiempo hacía de él uno de los hombres más imponentes, debemos todos expresar nuestra profunda gratitud á mi hija Margarita por la cordura y el valor con que ha cumplido mis propósitos y ejecutado mis planes, cuando absorbido en demasía por mis trabajos, le entregué las riendas de nuestra administración doméstica.

—Muy bien, dijo Pierquin: ahora, vamos á leer los contratos de boda. Pero estos actos no me conciernen, por cuanto la ley me prohíbe dar fe de lo que se refiere á mis parientes y á mí. Dentro de poco vendrá el señor Raparlier.

En esto fueron llegando los amigos de la familia convidados á comer para festejar el regreso de Claes y celebrar la firma de los contratos, mientras que se iban recibiendo los regalos de boda. La concurrencia aumentó en breve, llegando á ser imponente así por la calidad de las personas,



como por el lujo de los trajes. Las tres familias que se unían por la felicidad de sus hijos habían querido rivalizar en esplendor. En un momento quedó lleno el locutorio de los lindos presentes que se hacen á los novios. El oro abundaba y destellaba. Las telas desplegadas, los chales de cachemira, los collares, los aderezos causaban alegría tan verdadera en los que los daban y en los que los recibían, alegría infantil que se veía impresa en todos los rostros, que los indiferentes, ocupados con frecuencia en calcular el valor de los regalos por curiosidad, hasta llegaba á olvidarlo. En breve dió principio el ceremonial usado en la familia Claes para estas solemnidades. El padre y la madre debían ser los únicos que permanecieran sentados, y los circunstantes de pie ante ellos á cierta distancia. A la izquierda del locutorio y al lado del jardín se situaron Gabriel Claes y la señorita Conyncks, y junto á ellos Solís y Margarita, su hermana y Pierquin. A pocos pasos de estas tres parejas, Baltasar y Conyncks, los únicos de la concurrencia que tenían derecho á sentarse, tomaron asiento respectivamente en un sillón cerca del notario que reemplazaba á Pierquin. Juan estaba de pie detrás de su padre. Una veintena de mujeres, elegantemente vestidas, y algunos hombres, todos ellos escogidos entre los parientes más próximos de los Pierquin, de los Conyncks y de los Claes, el alcalde de Douai, que debía casar á los novios, los doce testigos elegidos entre los amigos más íntimos de las tres familias y de las cuales formaba parte el presidente del tribunal real, todos, hasta el cura de San Pedro, permanecieron de pie formando hacia el lado del patio un círculo imponente. Este homenaje tributado por toda aquella concurrencia á la paternidad que en aquel momento radiaba con regia majestad, imprimía á la escena cierto carácter de antigüedad. Aquel fué el único instante durante el cual, después de diez y seis años, Baltasar dió al olvido la investigación de lo Absoluto. El notario Raparlier se acercó á preguntar á Margarita y á su hermana si habían llegado todas las personas invitadas á la firma y á la comida, y en vista de su respuesta afirmativa, iba á coger el contrato de boda de Margarita y Solís, primero que debía llenarse, cuando de pronto se abrió la puerta del locutorio y asomó á ella Lemulquinier con el rostro radiante de alegría.

—¡Señor! ¡señor! gritó.

Baltasar dirigió á Margarita una mirada de desesperación, le hizo una seña y se la llevó al jardín, causando el asombro de los circunstantes.

—No me atreva á decírtelo, hija mía, dijo el padre á la hija; pero ya que has hecho tanto por mí, también me salvarás de esta última desgracia. Lemulquinier me ha prestado veinte mil francos, el fruto de sus ahorros, para el postrer experimento que no ha dado resultado. El desdichado viene sin duda á pedírmelos al saber que vuelvo á ser rico; dáselos en seguida. ¡Ay, ángel mío! Le eres deudora de la vida de tu padre, porque él solo me consolaba en mis desastres, él solo tiene aún fe en mí. Sí, á no ser por él, me habría muerto...

—¡Señor, señor! gritaba Lemulquinier.

—¿Qué quieres? le preguntó Baltasar.

—¡Un diamante!

Claes corrió al locutorio al ver un diamante en manos de su criado, que le dijo en voz baja: —He subido al laboratorio.

El químico, que lo había olvidado todo, echó una mirada al viejo flamenco, mirada que no podía traducirse sino con estas palabras: *¡Has sido el primero en subir al laboratorio!*

—Y he encontrado este diamante, añadió el criado, en la cápsula puesta en comunicación con la pila que dejamos en disposición de hacer de las tuyas, y las ha hecho, señor, agregó enseñando un diamante blanco, de forma octaédrica, cuyo brillo atrajo las miradas de toda la reunión.

—Hijos, amigos míos, dijo Baltasar; perdonad á mi antiguo servidor y perdonadme á mí. Esto me volverá loco. Una casualidad de siete años ha producido sin mi intervención un descubrimiento que estoy buscando hace diez y seis años. ¿Cómo? No lo sé. Yo había dejado sulfuro de carbono sometido á la influencia de una pila de Volta cuya acción habría debido vigilar diariamente. Pues bien, durante mi ausencia el poder de Dios se ha dado á conocer en mi laboratorio sin que me haya sido dado comprobar sus efectos progresivos. ¿No es esto horrible? ¡Maldito destierro! ¡Maldita casualidad! ¡Ah! Si yo hubiera espiado esa larga, esa lenta, esa súbita, no sé cómo decirlo, cristalización, transformación, en fin, ese milagro, mis hijos serían mucho más ricos. Pero aunque no sea la solución del problema que busco, por lo menos habrán lucido sobre mi país los primeros rayos de mi gloria, y este momento, al que tan ardiente